

desembarco en Jersey ó en Bélgica. Thibaut prometiéndole cumplir su orden al pié de la letra. No hay duda que el nuevo gobierno supo encontrar los hombres que necesitaba para vigilar y apresurar la salida de los borbones. Al día siguiente Carlos X llegaba á la rada de Cowes desde donde mandó sus embajadores á Londres, solicitando ser recibido como á rey. El gobierno inglés le contestó que sólo podía consentir su desembarco como particular. Carlos tuvo que resignarse, y á los pocos días estaba ya instalado en su retiro de Edimburgo.

Pudo en el destierro enterarse Carlos X de la unanimidad de Francia contra los borbones. Entonces pudo saber que en Lyon la revolución fué simultánea con la de París, pasando por las mismas fases. Pudo saber que en Nantes la tropa y el pueblo habían abandonado al general que quería intentar la contra-revolución. Que en la muy fiel Burdeos su prefecto escapó por rara fortuna de las iras del pueblo, y que el general Bourmont que llegó á imaginarse que podría llevar el ejército de Argelia á Francia para restablecer la dinastía borbónica, tuvo que abandonar por fuerza, no sólo su ejército de Argelia, sino la Argelia y la Francia ante la actitud resuelta de las tropas en favor del nuevo orden de cosas.

Habían acabado los borbones para siempre. Su último representante era el niño Enrique, el duque de Burdeos; pues en aquellos días el hijo del duque de Borbón, el padre del desgraciado duque de Enghien aparecía, evidentemente asesinado, colgado de una de las ventanas de su castillo de Saint-Leu. Una restauración en favor de un rey niño, era imposible, y de aquí á que fuera hombre, las cosas podían disponerse de tal suerte que Enrique, el Enrique V de nuestros días, se hiciera incompatible con Francia por muchos conceptos.

El pueblo francés que, como dice muy bien Gervinius, se había resignado á sufrir los borbones al ver como esta familia se extinguía, ahora al encontrarse enfrente del hijo del milagro que parecía querer prolongarla, sentía renacer por ella todas las antiguas antipatías del año 1814. Los que habían entrado en París en los furgones del ejército conquistador y extranjero, no hicieron olvidar nunca en el poder el pecado de esa restauración.

La revolución, sin embargo, mientras Carlos X estuvo en Francia, se sentía como reprimida por el temor de la resistencia del partido borbónico.

Reuniéronse precisamente las cámaras el mismo día que el rey Carlos salía escapado de Rambouillet y nadie sabía lo que debía hacerse, porque el temor

y la indecisión dominaban á los espíritus más decididos. Era muy cierto que en la Cámara existía un partido favorable al duque de Burdeos, y si este partido hubiese encontrado un hombre bastante popular para hacerse oír, no hay duda que hubiera puesto en cuestión el triunfo de los orleanes.

Luís Felipe se presentaba precisamente delante de las cámaras irresoluto é indeciso como siempre. Comprendía que inauguraba un nuevo régimen, y sin embargo, hablaba de la Carta y de las reformas que en ella debían hacerse. Declaraba el trono vacante á causa de las abdicaciones del rey y del delfín, eliminaba el mismo al duque de Burdeos, y sin embargo, no se atrevía á presentar su candidatura revolucionaria. En este estado de cosas quién sabe lo que hubiera pasado si Berard, implacable enemigo de los borbones y entusiasta orleanista, no hubiese redactado una proposición, cuyos considerandos afirmaban el derecho de la revolución á cambiar el orden de cosas existente, cuya conclusión era «que en vista de las circunstancias lo que debía hacer la Cámara era proclamar rey á Luís Felipe.»

De los ministros sólo Dupont aprobó la proposición Berard; los demás le buscaban las vueltas para que no fuera tan categórica ni en punto á principios ó doctrinas políticas, ni en punto al mandato imperativo de proclamar á Luís Felipe. Entretúvose á Berard unos días, durante los cuales se tomó el pulso á la resistencia que se temía que opusiera Carlos X á la expatriación, pero al verle caminar resueltamente para el destierro, Broglie y Guizot se entendieron, echaron alguna agua al fuego revolucionario que ardía en la proposición de Berard y se redactó la conclusión diciendo: que las cámaras «llamaban» al trono vacante á Luís Felipe.

Berard se incomodó al ver que al nuevo rey se le dejaba la puerta bastante abierta para que pudiera tratar la Carta á su antojo, y sin los tumultos de «los Amigos del pueblo,» que llegaron á invadir la Cámara, pidiendo «una Carta» pero «no la Carta,» seguro que Berard se encarga él solo de atar corto la nueva dinastía.

Cuando la cuestión vino á las cámaras, éstas estaban cohibidas por el pueblo, que había amenazado ya á la Cámara de diputados, y que no quería oír hablar de la Cámara de los pares.

En la Cámara de diputados, los diputados borbónicos defendían con calor, habilidad y valentía los derechos del duque de Burdeos: Cossy, Lezardiens, Arturo de la Bourdonnaie, Berryer, Martignac é Hyde de Neuville, hicieron lo imposible para salvar

una causa condenada de antemano. En el Senado ó Cámara de los pares, fué Chateaubriand, que veía detrás de la caída de los borbones la caída de todos los reyes, pues en su concepto lo que pasaba significaba la incapacidad de la monarquía para informar el orden político del siglo XIX, quien sostuvo la causa del duque de Burdeos.

La discusión terminó en una y otra Cámara con un «llamamiento» hecho á Luís Felipe, para que aceptase el trono vacante. Luís Felipe no se hizo de rogar, y como Lafayette le asegurara que era todavía poco lo que Berard pedía, un nuevo abrazo delante del pueblo, consagró á Luís Felipe I, presentado por el general, «como lo más republicano que en aquellas circunstancias podía hacerse.»

El día 8 todo había terminado.

Discutiéronse á la carrera casi sin discusión las reformas, algunas bastante profundas y radicales que debían hacerse en la Carta, que Luís Felipe aceptó igualmente sin reparar en nada, y después de grandes y profundos estudios y cuestiones para saber como se llamaría al nuevo rey, se dispuso todo para que el día 8 el rey Luís Felipe jurara la nueva Carta y fuera proclamado rey de los franceses, no rey de Francia por parecer esto demasiado feudal. Fué Dupin, quien resolvió que el duque de Orleans se llamara como rey, Luís Felipe I, pues Luís á secas ó Felipe á secas, como se había propuesto levantaba á los radicales contra el nuevo monarca. Hasta el viejo y ciego general Dumas, pidió al duque de Chartres que convenciese á su padre que de ninguna manera se llamara Felipe VII. En efecto, nada tan hipócrita como pretender que Luís Felipe era el heredero legítimo de los borbones. Aun cuando fuera borbón, Luís Felipe no heredaba la corona en virtud de este título, sino por la voluntad popular que había destronado la familia borbónica y consentía en que no se le hablara de su sucesor legítimo, Enrique V. Por consiguiente, lo que se iba á hacer era implantar una nueva dinastía, y á una nueva dinastía le convenían nombres nuevos, así por insólito que fuera, se convino en que el nuevo monarca se llamara Luís Felipe, pensando que esta pareja de nombres resultaría para unos bastante nueva, y para otros bastante antigua para ver en ellos la continuación de la legitimidad.

La ceremonia de la proclamación fué muy sencilla, y éste fué indudablemente una de los actos que más contribuyeron á la popularidad de la nueva dinastía en sus primeros tiempos.

Sin embargo, no se crea que la dinastía orleanista fuera saludada como una solución al problema de

la reconstitución de Francia, que había tenido en menos de treinta años cuatro soberanos.

No eran sólo los republicanos quienes consideraban á la dinastía, á la monarquía orleanista como una solución transitoria. Los legitimistas eran también de esta opinión, porque no veían en los orleanes, que reconocían los derechos populares, la fuerza de resistencia necesaria para restaurar é implantar la solución monárquica. Los estudios comparados que se hacían del carácter y circunstancias de la revolución inglesa, y de la restauración monárquica inglesa de 1688, eran contrarios á la restauración de Luís Felipe, así todo el mundo se consideraba en plena interinidad, y esta opinión general, por mucho daño que hiciera á la situación, no por esto es menos cierto que contribuía á su popularidad, pues la impotencia de Luís Felipe era causa, mejor que no su voluntad, que por un momento apareciese casi realizado el programa del Hotel de Ville, que se vivía en república en medio de una monarquía incapaz de defenderse. Fueron necesarios grandes atolondramientos para que la dinastía se afirmase y desprendiese de la tutela del dicho programa: sin las exageraciones y tumultos republicanos no se hubiera formado en Francia un partido monárquico orleanista, es decir, un partido que viera en los orleanes una solución.

Hé aquí la radical diferencia que presenta el advenimiento de una nueva dinastía en Inglaterra en 1688, con el que ofrece el advenimiento de la nueva dinastía francesa. Luís Felipe, pues, no era más que un nuevo rey de la revolución, que se presentaba siempre abierta, siempre devorando los poderes constituidos, lo cual evidentemente indicaba que Francia no había aún encontrado su asiento.

Cual quedaba siendo la situación política de Francia, destinada á influir considerablemente en Europa desde este momento, primero con su revolución de 1830 y luego con el interno desenvolvimiento de la revolución, va á decirnoslo Gervinius.

En primer término estaban «los graves doctrinarios de la escuela política anglo-alemana. Eran estos partidos reflexivos, que tenían la convicción profunda que la libertad templada realizada por las costumbres, hace á los hombres desinteresados. En el actual momento, estaban fortificados por la alianza que habían contraído con los liberales de todos colores, con los facciosos que creían que Lafayette había inaugurado la era de la libertad legal, y, en fin, con la prensa entera que, primeramente, había dado la señal de la resistencia de donde había resultado la revolución y que, desde entonces, en el interés

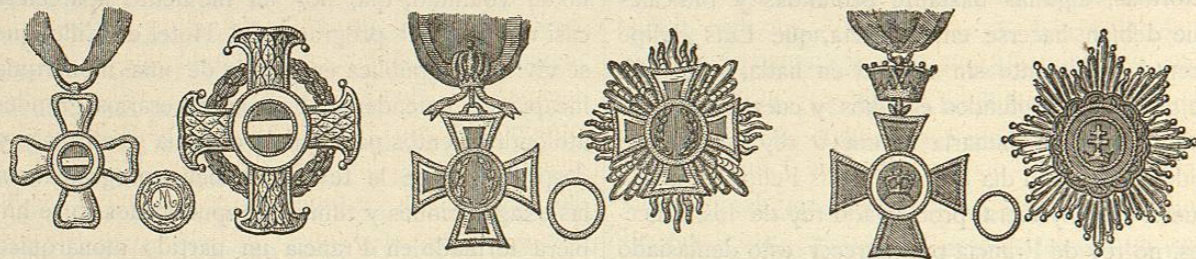
del orden, indicaba la primera el punto de apoyo al cual era necesario agarrarse para salir de la revolución...

»Fieles á las ideas inglesas, contentábanse estos hombres con ver asegurados los derechos positivos y posibles; no querían de nuevo traspasar los límites de la libertad; por lo contrario querían establecerse sólidamente en ellos á fin de poner término al funesto balanceo entre el despotismo y la insurrección, consagrando un orden de cosas duradero. Después de haberse reconciliado con Lafayette y sus amigos íntimos, uniendo sus fuerzas con las de éstos últimos, consiguieron hacer desaparecer de la escena los peligrosos fautores del tumulto y los funestos niveladores. Obedeciendo á su gusto por la destrucción y á

su manía de quererlo reconstruir todo, pecados hereditarios de todas las revoluciones; sus hombres turbulentos no querían alcanzar más que las cosas que se pierden de vista: por el atrevimiento de sus reclamaciones embriagaban á las masas populares, y por la nueva escisión que hicieron entre la burguesía y los plebeyos, amenazaban con echarlo á perder todo con el régimen constitucional, absolutamente de la única manera como los aristócratas lo habían echado á perder todo á su manera favoreciendo á los privilegiados.

»Cuando esos hombres del movimiento, tendiendo hacia una fusión y una transformación de la sociedad, hubieren, como en la primera revolución, querido derribar todo lo que existía, á fin de hacer el puesto

AUSTRIA



María Teresa

Leopoldo

S. Esteban

necesario para una construcción enteramente nueva; los hombres de Estado conservadores, deteniéndose ante la reforma política, querían contentarse con el edificio de la Constitución tal cual existía; pero contaban purificarla, acabarla en sus detalles, cubrirla, consolidarla.

»Llenos de ardor y confianza se entregaron á esta obra, diciéndose que sus propias fuerzas y el carácter de la nación bastaban para llevarla á buen término.

»El Nacional del 4 de Agosto podía con justicia hacer el elogio de la prensa declarando que, « en su peligrosa lucha contra la dinastía en la cual había llegado á los límites de lo permitido y aún más allá, había desde mucho tiempo antes preparado la Revolución y había dado de ella la señal. Y es que había siempre obrado defendiendo la Carta. Pero conseguido el destronamiento de la casa real enemiga de la Constitución, se había detenido, y fué su última palabra la que había sido la primera, con ésta había rechazado el absolutismo, con ésta resistía á la anarquía.»

»En efecto, con una táctica llena de prudencia y con un espíritu lleno de moderación, los órganos de

la prensa estaban estrechamente unidos, formando una mayoría imponente, los diarios se habían convertido en una potencia llena de dignidad y no tenían más que un solo objeto, es decir, dar ese mismo santo y seña á toda Francia.»

»A esta obra, trabajaban también los diputados con la misma perseverancia y convicción. Después de haber triunfado del seudo constitucionalismo de los borbones, querían desarrollar la Carta y hacer un pacto que obligase y atase á la vez al rey y á la nación. De la Carta otorgada por la Corona habían hecho la condición bajo la cual el pueblo concedía desde aquel momento la Corona: mejorando la Carta con una consecuencia lógica, habían también hecho interiormente de ella una verdad: efectivamente, habían obtenido la igualdad de derechos para los cultos y la abolición de la censura, de los tribunales de excepción, del doble voto y del artículo catorce: habían extendido los derechos de los electores lo mismo que los de los representantes, y presentado los proyectos de otras reformas serias.»

»Respecto á «Luís Felipe, remontaba á la primera

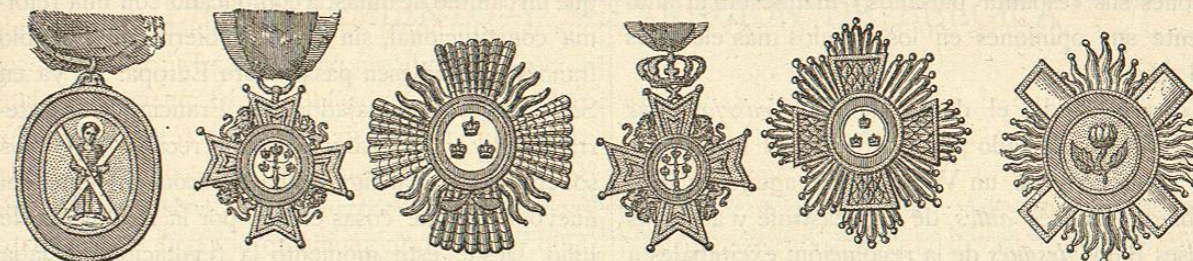
Revolución sin haberse visto comprometido en sus excesos: pertenecía á la antigua casa real sin haber estado nunca implicado en sus extravíos; en fin, á causa de sus opiniones liberales, hasta se acercaba á los republicanos: se encontraba, pues, á los ojos de esos hombres, colocado en un justo medio entre todos los partidos, aliado con todos ellos, sin estar comprometido con ninguno.

»Príncipe primero, luego hombre de la Revolución y soldado, después ciudadano privado, poseía el nacimiento que faltaba á Napoleón, la educación militar de que carecía Luís XVIII, la cultura liberal de que estaba desprovisto Carlos X y el espíritu del tiempo moderno que faltaba á los borbones.»

»Con su gran levantamiento, Francia acababa de recobrar la libertad y la independencia de sus movimientos en el interior y el exterior que, la influencia de las potencias orientales le habían hecho perder desde mucho tiempo atrás; acababa de entrar en posesión de su fuerza política y de esta antigua autoridad que podía hacerle esperar que volvería á tomar la posición que había en otro tiempo ocupado entre las potencias.»

»Con su movimiento, Francia, «la Revolución, quebrantó profundamente y de una manera efectiva las antiguas nociones de una institución divina de la monarquía, institución que rodeaba la soberanía de una misteriosa consagración. En efecto, la Revolu-

INGLATERRA



Cardo

Orden del Baño de primera y segunda clase

Estrella

ción acaba de establecer ese principio, que los príncipes no poseen, inherente á su persona, un derecho diferente de los otros derechos, que pueda eximirles de la obediencia á las leyes y ponerles al abrigo de las consecuencias de la violación de un pacto.»

»En nuestros días, cuando tantos años nos separan de esta época, difícilmente puede uno figurarse la inmensa impresión producida sobre todas las clases en el mundo entero por los comienzos y fin de ese movimiento. En efecto, precisamente después de las grandes excitaciones que habían hecho nacer la verdadera revolución anterior, al pasar ruidosamente por el mundo con su grandiosa rapidez, la revolución de Julio apaciguó y reconcilió los espíritus, porque, con una dignidad igualmente grandiosa, los hombres de Estado que la habían dirigido, acababan de cerrar la era revolucionaria.»

»Las primeras noticias anunciando este epílogo glorioso de la gran revolución, cayeron en todas partes como el rayo que alumbró el incendio. El mismo entusiasmo que llenaba á los franceses se apoderó de todos los pueblos, como si cada uno de ellos tuviera que celebrar también, no sólo una vic-

toria de sus más íntimos intereses, sino una victoria conseguida en beneficio de la humanidad entera. Hasta en los Estados más oprimidos, al abatimiento sucedió la esperanza de un mejor porvenir, el descorazonamiento cedió á una nueva plenitud de esperanzas, y á la desesperación una nueva confianza. Las almas oprimidas se sintieron aliviadas y principiaron á respirar más libremente, y los espíritus llenos de rencores, para quienes una revolución es siempre una fortuna, se abrían con maligno placer, cuando llegaban los diarios de París que el público devoraba en secreto con una avidez insaciable, y de los cuales se daba lectura á las masas desde lo alto de las mesas y de las sillas en todos los cafés y en todos los casinos públicos.

»Los numerosos refugiados italianos, españoles y portugueses, que se encontraban en París, y que en mayoría habían tomado parte en los combates, difundieron por los países extranjeros, por medio de sus entusiastas y exageradas correspondencias que llegaban hasta la extravagancia, las impresiones extraordinarias que ellos mismos habían sentido en medio de los sucesos á que habían asistido, excitando así en todas las almas impresionables,